

rraban de tal modo que no pudiera cambiar de postura ni moverse en ningún sentido, y así lo tenían desde seis horas hasta cuatro días, según la gravedad del delito ó falta que querían castigarle. Muchos de esos hombres no pudieron resistir semejante crueldad y sucumbieron á las enfermedades que les producía tan prolongado enfriamiento.



CAPITULO 29°

SUMARIO.

El pueblo busca la venganza.—Frecuentes riñas entre los soldados franceses y el pueblo.—Enérgica y digna conflucta de un oficial potosino.—Campana en los Partidos de Oriente.—La encarga el Gobernador Bustamante á jefes distinguidos del Ejército.—Aureliano Rivera, González Ortega y Escandón.—Escobedo ataca á una brigada francesa en Matehuala.—Combate siete horas y se retira.—Otro combate contra La Presa y Guadalupe.—Napoleón III avisa á Maximiliano que retira de México las tropas y los auxilios pecuniarios.—Viaje desgraciado de la esposa de Maximiliano á París y Roma.—Orden de Bazaine para la reconcentración del ejército francés en México.—Maximiliano se retira á Orizaba.—Conferencia con los Ministros y Consejeros.—Vuelve á México.—Cambios de funcionarios imperialistas en San Luis.—Inauguración en San Luis de la línea telegráfica.—Sirvió inmediatamente para obtener un indulto.—Los Generales franceses abusando de la fuerza armada se llevan el aereolito de Charcas.—Los franceses y los imperialistas abandonan á San Luis.—Lo ocupa la brigada Aguirre del ejército del Norte.—Aguirre nombra Jefe Político y Ayuntamiento de la capital del Estado.

El pueblo se vengaba de la manera que podía de tan arbitrarios y crueles tratamientos, ya provocando riñas con los soldados franceses en lugares apartados del centro de la ciudad, ya buscándolos en las cantinas ó pulquerías para echarlos fuera ó quitándoles á las mujeres públicas que solían acompañarlos.

Un día hubo un baile casero en una de las calles del barrio de la Perlita, con motivo del cumple-años de un sombrerero, dueño de la casa. La reunión era bien cor-

ta, seis ú ocho mujeres y diez ó doce hombres. Como á las cinco de la tarde se presentaron doce soldados franceses, se hicieron dueños del baile, no permitiendo que ninguno de los concurrentes se parara á bailar. Estos al principio se condujeron con prudencia, dejaron que las mujeres bailaran con los franceses permaneciendo ellos de simples espectadores, en la creencia de que los súbditos de Napoleón III se retirarían después de bailar cuatro ó cinco piezas; pero luego dieron sobre el vino que había para los convidados, y después empezaron á enamorar á las mujeres y á querer obligarlas á otras pretensiones. Esas faltas graves ya no pudieron soportarlas los hombres que estaban presentes, y parándose de su asiento el dueño de la casa, reclamó enérgicamente al soldado que más se excedía.

Este por toda contestación dió una bofetada al sombrerero, y entonces se pusieron en pie los demás mexicanos para defenderlo; los otros franceses, como era natural, se fueron al lado de su paisano, y se generalizó la más terrible riña á puerta cerrada. El resultado fué, que desarmados los franceses de sus marrazos, fueron vencidos en aquella lucha, saliendo muy golpeados cuatro de ellos en precipitada fuga, y quedando en la casa tres muertos y cinco heridos que no pudieron huir. De los mexicanos resultaron un muerto y dos heridos, y previendo que no tardarían en ser todos aprehendidos abandonaron la casa, llevándose á los mexicanos heridos, que los dos lo estaban levemente, sacando de ella unos sombreros que el artesano tenía en compostura y los objetos de más valor que entre todos pudieron llevar. Los cadáveres de los franceses los echaron al pozo y los heridos quedaron tirados en la pieza del baile. Concurrentes y músicos se refugiaron en el inmediato barrio de Santiago. Poco después de media hora se presentó en la casa un piquete de infantería francesa, y no encontrando en ella á ninguna persona, levantaron los heridos, sacaron al corral los pocos muebles del sombrerero y les

prendieron fuego. Los cadáveres fueron extraídos del pozo hasta el siguiente día que los heridos y los otros soldados declararon que probablemente habrían sido muertos sus compañeros porque no parecían.

Fueron reducidos á prisión el propietario de la casa y unos parientes del sombrerero que vivían á larga distancia y que ni siquiera habían concurrido al baile, amonestados de que no saldrían de la Martinica hasta que entregaran al sombrerero y á los que estaban en su casa. Esos desgraciados sufrieron el martirio que en aquel tenebroso local se daba á los presos, los que después de algunos meses fueron puestos en libertad.

El sombrerero tuvo que emigrar con su familia, y no sabemos si los otros mexicanos escaparon todos de ser después aprehendidos, ó si alguno cayó en las garras de los invasores.

* * *

Escenas semejantes se repetían con alguna frecuencia. Otra vez se verificó otra de funestas consecuencias. El 4 de Julio de 1865 entraron unos soldados franceses á una pulquería titulada "El Cariño" situada en la calle real de Tequisquiapám. No supimos el origen de la riña que á poco rato se verificó entre mexicanos y franceses, pero ella fué terrible porque los primeros pasaban de cien y los segundos eran cerca de igual número. Los marrazos, los cuchillos y los tranchetes brillaban en las manos de los combatientes. Después de largo rato de pelear huyeron los franceses internándose á la ciudad y los mexicanos se retiraron por diversos rumbos de los barrios de Tequisquiapám y Santiago. De ambas partes hubo algunos heridos, pero ninguno de éstos quedó en el sitio de la pelea.

La alarma cundió hasta la ciudad cerrándose las casas

de comercio, y recogiendo las gentes que transitaban por las calles á sus respectivas habitaciones. El jefe de la plaza ordenó que salieran patrullas de tropa francesa y mexicana á aprehender á los individuos que estuvieran en la pulquería del Cariño y á los que encontraran en los barrios citados que infundieran alguna sospecha, y que los entregaran al jefe del fortín que entonces había al terminar la tercera calle del Apartado, de esquina á esquina. A este jefe dió orden el superior de la plaza de que todos los presos que le fueran entregados por las patrullas, los pasara en el acto por las armas sobre el paredón del mismo fortín.

Tan inícuo y bárbara orden fué fielmente cumplida, pereciendo en dicho punto un gran número de mexicanos, sin averiguación ni auxilios de ninguna especie.

Con gusto consignamos un hecho honroso de un oficial mexicano. El Capitán D. Jesús Orozco era el jefe de la patrulla mexicana imperialista; traía más de veinte presos, pero al ver el montón de cadáveres que estaba junto al fortín, y que el oficial francés estaba fusilando á los presos que recibía, aprovechó el momento en que otra patrulla francesa llegada antes que él, entregaba dos presos que eran ya conducidos al lugar del matadero, y mandando á sus soldados abrir filas, dió libertad á los que traía presos; luego marchó á tomar la calle de Malto, hasta el Palacio, dando parte de lo que había hecho al Prefecto de policía, cuyo funcionario aprobó su conducta. Todos los cadáveres de aquellas víctimas fueron inhumados la misma noche en el cementerio de la ciudad, de suerte que muchas familias, cuando supieron la desgracia que había ocurrido á sus deudos, ya estaban éstos bajo de tierra.

Omitimos referir otros sucesos semejantes que se verificaron en la ciudad y principalmente en los pueblos suburbios, durante la intervención extranjera, porque basta á nuestro intento presentar como muestra los que hemos referido, para que el lector se forme idea del des-

potismo de los invasores y de la repulsión que siempre tuvo hacia ellos el pueblo de San Luis.

Puede asegurarse que muy raro sería el pozo de huerta de Tequisquiapám, Santiago y Tlaxcala, en el que no hubiera el cadáver de algún francés, vencido y muerto en lucha personal con individuos de ese pueblo.

*
* *

En el mismo mes de Marzo el Sr. Bustamante envió á los pueblos de Oriente á los Coroneles D. Julio M. Cervantes, D. Juan López y Teniente Coronel D. Carlos Fuero, para que levantaran tropas y con ellas hicieran la campaña en aquella zona. Esos tres jefes desempeñaron perfectamente su cometido con actividad é inteligencia, sosteniendo diversos combates con los enemigos y conservando las poblaciones en obediencia del Gobierno constitucional. Otros jefes de menor graduación como los Macías y Narváez también organizaron tropas en el mismo rumbo y prestaron servicios estimables.

La desunión entre los Sres. Juárez y González Ortega, y entre sus amigos y partidarios, á causa del decreto que el primero expidió prorrogando el período presidencial, dió motivo á que en el interior del país se decidieran algunos jefes de fuerza armada por el Sr. Juárez y otros por el Sr. González Ortega. El Gral. Aureliano Rivera se puso del lado del segundo, y por consiguiente desconoció al Gobernador Bustamante, que obedecía al Sr. Juárez. El Sr. D. Sóstenes Escandón vivía en Rioverde alejado de los negocios públicos, cuando el Gral. Rivera teniendo en cuenta que dicho señor era el Gobernador constitucional en tiempo que el Gobierno general decretó el estado de sitio, lo excitó á que se pusiera al frente del Gobierno del Estado, reconociendo al Gral. González Ortega como Presidente interino en su calidad de Presi-

dente de la Suprema Corte de Justicia. El Sr. Escandón se negó á esa pretensión, pero obligado bajo amenazas severas, según entonces se dijo, condescendió al fin y asumió el carácter de Gobernador del Estado. El Sr. Vega había ya desaparecido de la escena política, pero siempre quedaron como antes, dos Gobernadores liberales en el Estado; uno en el Norte obedeciendo al Sr. Juárez, y otro en el Oriente reconociendo al Sr. González Ortega.

* * *

Los liberales habían obtenido ventajas de consideración sobre los imperialistas en los Estados fronterizos. El Coronel Escobedo, ascendido ya á General de Brigada, y encargado por el Gobierno de formar el Ejército del Norte, pudo reunir mil doscientos hombres con los que avanzó hasta Matehuala, atacando esa plaza el 1.º de Mayo de 1866, defendida por tropas francesas. El combate duró desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, que se retiró el Sr. Escobedo. El jefe superior francés de la plaza de San Luis Teniente Coronel Colonna d'Ornano hizo gran alarde de ese combate, diciendo en su parte á Bazaine que los republicanos habían perdido 30 oficiales y gran número de soldados muertos, y que los franceses sólo perdieron dos soldados muertos y un herido.

A los cuatro días hubo otro encuentro de una partida de caballería mexicana y otra fuerza francesa mandada por el Comandante de la Hayrié, entre la Presa y Guadalupe. El mismo d'Ornano dió parte de haber sido derrotada la tropa mexicana con pérdida de siete muertos y algunos heridos y prisioneros.

Indudablemente que esos partes fueron exagerados porque el Gral. Escobedo continuó sus operaciones con

buen éxito en los Estados de la frontera y las demás fuerzas mexicanas diseminadas en los pueblos del Norte y del Oriente, aumentaban su número y se proveían de elementos de guerra. Higinio Macías ocupó á Guadalcázar, Miguel Barragán á Rioverde, y las fuerzas de los jefes Aureliano Rivera, Albino Espinosa, Julio Cervantes, Carlos Fuero y Juan López, hacían notables progresos en los pueblos de ambos rumbos.

* * *

El día 31 del mismo mes de Mayo de 1866, el Gobierno de Napoleón III anunció á Maximiliano su resolución de retirar de México las tropas francesas y los auxilios pecuniarios. Tal aviso desconcertó completamente al Gobierno imperial de México, porque lo dejaba repentinamente sin elementos para sostenerse, y precisamente á tiempo en que los republicanos se presentaban más fuertes que al principio de la intervención.

Maximiliano, antes de aceptar el trono de México que le ofreció el partido reaccionario, había ido á París y firmó con Napoleón III, el 12 de Marzo de 1864, un convenio que se elevaría á formal tratado cuando el Archiduque ciñera la corona imperial. El 10 de Abril se elevó á ese rango, y en dicho tratado se estipuló que las tropas francesas evacuarían á México á medida que se organizaran las mexicanas necesarias para reemplazarlas; que 8,000 hombres de la legión extranjera quedarían por seis años; que las expediciones militares se harían de acuerdo con el Emperador, *que los Comandantes militares franceses no intervendrían en ningún ramo de la Administración mexicana*; que gradualmente y de año en año se reduciría el efectivo de 38,000 hombres que formaba el ejército francés de ocupación, prometiendo Napoleón III que estas estipulaciones serían inviolablemente observa-

das, no obstante los acontecimientos que pudieran sobrevenir á la Europa.

El Emperador de los franceses, como de costumbre, faltó á sus compromisos contraídos con Maximiliano, pero lo más grave para este príncipe y su Gobierno, fué la orden de Napoleón para que se retirara de México el ejército invasor.

En tan aflictivas circunstancias la princesa Carlota, esposa de Maximiliano, se ofreció á trasladarse á París, y recordar á Napoleón III sus compromisos estipulados el 10 de Abril de 1864, y luego pasar á Roma para allanar las dificultades suscitadas con el Gobierno Pontificio, á virtud de la subsistencia de las leyes de Reforma. La desgraciada princesa partió el 30 de Junio de 1866. El abrumamiento de los negocios y las negativas terminantes de Napoleón III y del Pontífice Pío IX, perturbaron sus facultades intelectuales, perdiendo absolutamente la razón, en cuyo deplorable estado se encuentra todavía.

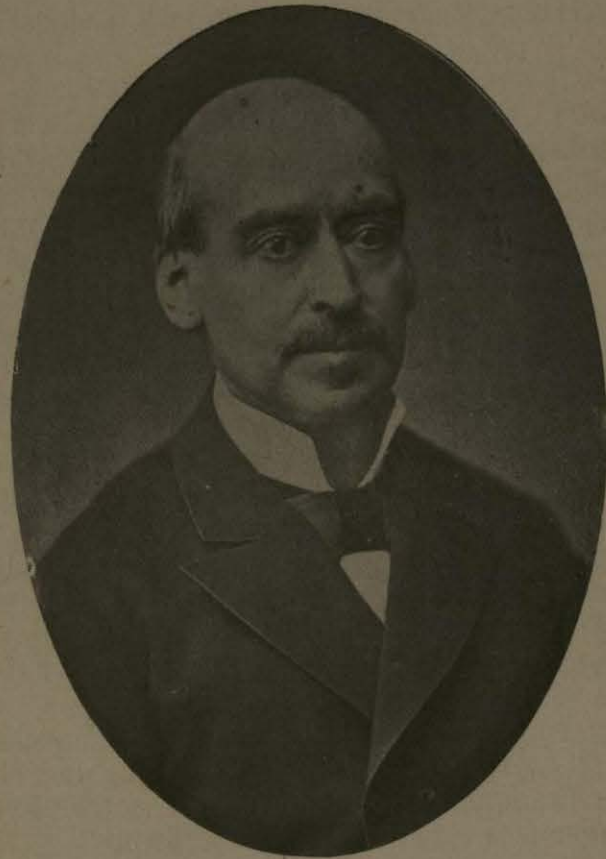
El Mariscal Bazaine dió orden para que las tropas francesas fueran desocupando las poblaciones en que se hallaban, y que se reconcentraran en México. Esas poblaciones eran inmediatamente ocupadas por los liberales, que en varias partes fueron llamados por los jefes franceses para que se acercaran á las poblaciones que iban á abandonar á fin de que, á su salida, entraran luego á ellas.

Maximiliano pensó en abdicar y retirarse para Europa, se trasladó á Orizaba y allí reunió á los Consejos de Estado y de Ministros. Tuvo con ambos Cuerpos diversas conferencias y de ellas resultó que debía sostenerse el imperio con el ejército y demás elementos que se criarán, á cuya resolución se sometió el Archiduque volviendo á México en Diciembre del mismo año.

Entretanto, habían ocurrido en San Luis algunos cambios personales. El Gral. D. Nicolás de la Portilla fué nombrado Comisario imperial; en la Administración pública D. Francisco J. Bermúdez se hizo cargo de la

Prefectura superior política por licencia concedida al Sr. Reyes, y fué nombrado Alcalde municipal y Presidente del Ayuntamiento el Sr. D. Octaviano de Cabrera.

*
* *



DON FRANCISCO J. BERMUDEZ,
PREFECTO SUPERIOR POLITICO DEL
DEPARTAMENTO.

El 1º de Junio se inauguró la línea telegráfica de San Luis Potosí á México, estableciéndose la oficina en la esquina de la calle de la Lotería y plazuela de San Juan de Dios. Esa calle es hoy 2ª de los Bravo y la casa que sirvió para primera oficina telegráfica actualmente está ocupada con un almacén de ropa. Los primeros telegramas que trasmitió dicha oficina fueron los siguientes:

“Remitido de San Luis Potosi el 1º de Junio de 1866, á las 9 y 40 minutos de la noche.—A. S. M. EL EMPERADOR.—SEÑOR.—La línea telegráfica que pone á la capital del Imperio en comunicacion con la del Departamento del Potosi, queda establecida.

“El primer mensaje que por ella trasmite esta Prefectura, debe ser dirigido á V. M. para felicitarlo por tan plausible suceso, pues son precursores de la paz los tiempos de la civilización.—EL PREFECTO POLITICO, FRANCISCO J. BERMÚDEZ.”

“Remitido de San Luis Potosi el 1º de Junio de 1866, á las 9 y 32 minutos de la noche.—A. S. M. EL EMPERADOR.—SEÑOR.—Al ilustrado Gobierno de V. M. se debe la gran mejora que hoy celebramos.—¡Viva el Emperador!—Señor.—EL COMISARIO IMPERIAL, NICOLÁS DE LA PORTILLA.”

Tenía pocos días de establecida la oficina telegráfica en San Luis Potosí cuando sirvió para solicitar por esa

vía el indulto de la pena de muerte pronunciada contra un conocido vecino de esta ciudad. El Sr. D. Manuel Verástegui, por haber escrito unas cartas á dos jefes republicanos amigos suyos, recomendándoles á un cliente para que no fuera perjudicado en su persona y propiedades, fué juzgado por la Corte marcial y sentenciado á muerte, cuya pena se habría tal vez ejecutado si no se hubiera podido disponer del tiempo necesario para solicitar de Maximiliano la gracia de indulto, lo que facilitó el reciente establecimiento del telégrafo. El Sr. D. José María Verástegui, hermano del sentenciado, andaba como loco en las calles de la ciudad, terriblemente afligido por el riesgo en que estaba la vida de su hermano, quien en el acto que le fué notificada la sentencia fué puesto en capilla. Dicho Sr. D. José María y sus numerosos amigos, gestionaron sin cesar toda la tarde de aquel aciago día, haciendo funcionar constantemente al telégrafo con las muchas solicitudes que por el alambre se dirigieron á Maximiliano, á cuyas peticiones, apoyadas por el Gral. D. Tomás Mejía y por el Prefecto político del Departamento, D. Darío Reyes que estaba en México acordó el Emperador favorablemente, indultando al Sr. D. Manuel Verástegui de la pena de muerte.

*
* *

Las tropas francesas seguían desocupando las poblaciones del interior, las de Occidente y las de la frontera del Norte, escalándose en las de México á Veracruz, y embarcándose por brigadas con destino á Francia. Los Grales. Douay y Castagny que estaban en la última zona, á su paso por Charcas para México, se llevaron el aereolito que existía en dicho mineral, el cual fué remitido á París. Igual robo se habría verificado en México, según se dijo en aquella época, de la estatua ecuestre de Carlos IV, si no se hubiera opuesto enérgicamente el

Archiduque Maximiliano, que con tal motivo tuvo otro disgusto más con el Mariscal Bazaine.

*
* *

Desocupadas las poblaciones del Norte por las tropas francesas, el Gobernador D. Juan Bustamante pudo internarse á territorio del Estado, y así lo verificó avanzando á Matehuala donde estableció su Gobierno. Al salir los franceses de la ciudad de San Luis, quedó de guarnición una brigada de la división Mejía, á las órdenes del Gral. D. Ignacio Orihuela. En la frontera se organizó el Ejército del Norte bajo el mando del Gral. D. Mariano Escobedo, quien dispuso que avanzara sobre San Luis la división vanguardia del mismo ejército, que mandaba el Gral. D. Gerónimo Treviño. Este jefe hizo avanzar la brigada del Gral. D. Francisco Antonio Aguirre, á cuya aproximación á la plaza, fué ésta abandonada por las tropas imperialistas de Orihuela. El Gral. Aguirre la ocupó el 27 de Diciembre en la tarde, nombrando Jefe Político interino á D. Isidoro Bustamante, y formó el primer Ayuntamiento de la capital, restablecida la República, de las personas siguientes:

Presidente: Teófilo Porras.—*Regidores:* Florencio Cabrera, Ambrosio Espinosa, José Berúmen, Encarnación Ipiña, Antonio Servín, Macedonio Ortiz, Francisco de P. Montante, Jesús Sánchez Lozano, Francisco Estrada (hijo), Manuel Pereyra, J. Lorenzo Campos.—*Procuradores:* Hilario Delgado, Julio Rendón.—*Secretario:* Manuel Muro.